

Su planteamiento metódico y ordenado comienza obviamente por el principio: el origen natural del homínido desde cualquier preposición prehomínida, enfocando la naturaleza animal del hombre desde el neoevolucionismo y la neurobiología comparada.

Laín ve que la cualidad de ser histórico —moderno—, es muy posterior a la de ser natural, que una sucede desde la otra en el salto cualitativo del devenir. El *homo faber* busca, escudriña, manipula, imita y repite hasta llegar a hacer cosas y deshacerlas. El homínido natural, altera la naturaleza, la cambia: trasladando una piedra en el paleolítico, curando un hipotiroidismo en la actualidad; plantando cepas, haciendo vino y autodestruyéndose por alcoholismo.

Laín se da cuenta de que el hombre ha llegado desde dentro, a ser a la vez vivo e histórico. «El hombre, según demuestran la paleontología y la arqueología comenzó a ser hombre cuando intentó crear belleza al inventar artefactos perfectibles y a transmitir sus habilidades —enseñar— a otros hombres» (*Ciencia, técnica y humanismo*, p. 39).

Prosigue considerando al hombre «animal de realidades». Un animal capaz de ser biológico y de vivir su vida. De hacer su vida y de hacer la historia con sus experiencias vitales. Animal constante al par que cambiante, con posibilidades de aprendizaje, adaptación y evolución —dejando y adquiriendo—. A la vez indigente y poderoso, con ganas simultáneas de avanzar y de retroceder, que ha conseguido sobreponerse a sus miedos telúricos, bien reales.

El día que con amuletos y gesticulaciones respondió a los pavores de la enfermedad y de la muerte, nació el médico. Y la Medicina. Digamos, hace cien mil años.

Refiere Laín que ha realizado su *Antropología médica* por dos motivos confluentes. Uno surgió al observar la tendencia de los patólogos —los especialistas— a tratar al enfermo como objeto viendo sólo la parcela de su interés. (Los internistas, generalistas y los extinguidos médicos de cabecera le han parecido más abarcadores del individuo enfermo.)

El otro, es de índole histórica, procede de su propia formación y de sus íntimas apetencias. De la actividad académica tan prolongadamente mantenida, de su inmersión —profesional y vocacional— en el pensamiento médico de los distintos autores, escuelas y épocas, sosteniendo que las ideas sobre la salud y la enfermedad, la vida y la muerte aunque pretéritas y alejadas pueden ser valiosas. La ciencia del presente, es una resultante de los conocimientos que la han precedido.

Hay una tercera causa: la antropología es un producto de su ser, pensante y pensativo. Unos hombres actúan, otros piensan; los prácticos y los teóricos. También se dan los teórico-prácticos y los intermitentes —los de «tiempo de sembrar y de recoger»—. Nuestro hombre es pensador a tiempo completo: piensa cuando piensa y piensa cuando hace. La acción de Laín es pensar.

Pedro piensa. Piensa que piensa. Piensa en lo que se piensa y en lo que no se piensa, en lo bien pensado y en lo mal pensado. Piensa en el pensamiento. Piensa en la carencia de pensamiento —y en sus consecuencias—. Piensa lo que sienten los que piensan y en lo que piensan los sentientes. Y así piensa que te pensarás, su vida, su obra de pensador resultó una filosofía del homo sapiens —sapiens— del homo «pensativus».

No una antropología filosófica a lo Cassirer o a lo Grothuyesen. Una filosofía del hombre enfermo y del sano (si no es sano, no será enfermo).

Y su libro *Antropología médica*, para clínicos (de la especie reflexiva y racionalistoi-de), el marbete de un implacable y exhaustivo análisis del hombre y la persona, al por-menor; en tono mayor.

Es el alfa de cualquier aproximación a la condición humana, y el omega de la antropología, sin adjetivo. Y aunque el propio Laín lo estime «testamentario» es tan vigoroso su contenido que se impone como iniciático y liminar.

Sus notas son muchas y el registro extenso. Contenedores de una normativa con su ideario correspondiente, surgen de la comprensión de los acontecimientos patológicos de índole personal. Vienen de conceptos muy amasados, de actitudes bien examinadas y del condigno sistema cualificador. La «puesta en enfermo», es la «puesta en Laín»: la necesidad de aprehender los hechos desde el fondo de sus orígenes.

Laín acepta, «en principio» el sistema trifásico de la clínica hipocrática en su sentido más abarcador, con una primera etapa de examen general del ambiente, del enfermo y de los síntomas que él «trae» —un dolor, una alteración orgánica, una disforia—. El segundo momento se dedica al interrogatorio sistemático y a la minuciosa exploración que descubre «los síntomas del médico», o sea, al rastreo de señales empíricas determinadas —de una entidad nosológica concreta— y siempre en la disposición más amable y receptiva. La tercera operación es mental: el médico desde sus conocimientos y experiencia deberá discurrir para armar un diagnóstico con su pronóstico, de los que dependerá el tratamiento; los consejos pertinentes. En orden, paso a paso, razonando todo, para percatarse adecuadamente del proceso morboso, de quien lo padece y de la circunstancia; con interés verdadero, delicadeza, discreción y el mayor respeto.

Esta medicina técnica, culta y humana, que explica la perdurabilidad del famoso juramento hipocrático es para Laín la medicina de Occidente. Con sus agregados conceptuales y operativos, con la Ciencia de hoy.

También fue la del famoso doctor Gol, clínico práctico a la vez que intelectual de alto rango, de entrega absoluta a los enfermos dramatizada en el hecho de su «muerte en consulta» entre un paciente y el siguiente. Un médico que educó a los enfermos para que no lo fueran, o lo fueran bien, desde una excepcional capacidad para entender la enfermedad y su protagonista, según nos cuenta su discípulo J.J. Moll.

Como Laín, Gol insistió en la importancia de «la anamnesis hecha en la correcta interpretación de la cultura y de la ideología del enfermo y su grupo», para que los datos morbosos expresen realmente lo que está pasando —algo más que una enfermedad en un cuerpo—. Tremenda coincidencia del pensador y del pragmático ante una misma realidad, provocadora de similar respuesta «en humanismo».

El que Laín propone es el humanismo hecho con la antropología y un doble esfuerzo: el de meditar como una obligación desentendida del tiempo disponible; el de ver la persona íntegra del enfermo, sea cual sea la especialidad de su abordaje.

Dice Rof, desde una medicina soberbiamente ejecutada y recapitada, que al médico de hoy urgido y acosado en su trabajo le llega Laín para incitarlo a ordenar la mente, a poner rigor en sus ideas, precisión en sus palabras, a perfeccionarse individualmente; en una clara y potente sacudida, para tener muy en cuenta y agradecer.

Desde la apatía y la rutina del ejercicio profesional, de la masificación casuística y la degradación de los servicios sanitarios el encuentro con Laín Entralgo es el encuentro con la dignidad. La del hombre-enfermo y la del hombre-médico, con un Laín clamante-implorante de la conservación de las dos.

En cuanto a la enfermedad, se considera «accidente modal» del que hay que descubrir su sentido adentrándose en el misterio, pues suele aparecer enigmática, o absurda, cuando no inmerecida, para el enfermo y el médico, que «la trata»; inmersos ambos en la tensión emocional del hecho patológico; —algo se rompe o se destruye, algo se pierde—. El buen médico se da cuenta de la carga afectiva de la situación morbosa y muchas veces con perspicacia evita tocarla.

Un asma, una alergia, una dispepsia pueden ser lo único que tenga en la vida una persona y si el médico la elimina se quedará sin ocupación. ¡Mucho cuidado en curarlo todo!, dicen Rof Carballo y Laín, sabiendo que la aprensión egocéntrica, la constante preocupación entretienen existencias absolutamente vacías.

Todo médico, aunque no sea psicopatólogo deberá interesarse por la personalidad de los enfermos y hacer una «psicoterapia» de palabra y de afecto, modelo Germain que curaba porque sabía escuchar y «era muy cariñoso». (También sabía psiquiatría y psicoterapia). Desde el *Carmides* platónico Laín sostiene que «no se puede sanar el ojo sin sanar la cabeza, ni atender al cuerpo prescindiendo del alma, ni dar medicamentos sin los bellos discursos que los hagan eficaces». Por eso ha entendido tan bien a Charcot, a Janet, a Freud, los que manejaron «la acción favorable por la creencia anticipada» recetando en ocasiones «las medicinas de complacencia», las que el enfermo pide. Los placebos, de la terapéutica por sugestión, ya prescritos hace tres mil años.

Laín poniéndose en psicólogo —y lo es, en serio—, se percata de que la situación de enfermar, sitúa al hombre ante sí mismo por ser intrínsecamente dramática, uniéndolo o separándolo a otras personas. La enfermedad supone indefensión, desvalimiento, debilidad. Produce dependencias y lleva al infantilismo.

El enfermo busca ayuda en la familia, en los vecinos, los amigos, la enfermera y principalmente en el médico ante el que aparece tierno y quejoso. Y el médico (los otros también, cuando los hay), debe comprender su ansiedad y tratar de calmarla dando esperanzas y atención. Si no es posible la mejoría, algo podrá hacerse en todo caso, según decía Marañón: impartir serenidad, ayudar a tomar decisiones arriesgadas, compartir el dolor desde la propia fuerza. En ocasiones, el médico entrega al enfermo una paz y una salud, que no tiene.

En estas relaciones del médico y el enfermo que Laín ha estudiado intensamente, surge «el encuentro», al producirse la confianza, la mutua simpatía. Los dos se necesitan mientras dure la enfermedad o la vida. El médico —como J. Gol—, profesor de salud, le enseñará a recobrarla, a no volver a enfermar, y bastantes veces a sobrellevarla indefinidamente —una diabetes, una mutilación intratable—.

El enfermo da también a su médico: enseñanzas a través de su organismo y patología, motivación para actuar, ilusión de ayudar a «alguien», alegría porque su esfuerzo «sirve», gratificaciones personales y morales. Uno a otro, se dan «la vida».

Por ello, rechaza Laín la medicina sin médico, recientemente propugnada, desde el

auge de los sistemas de información, los bancos de datos, los análisis automáticos de síntomas y constantes vitales, los informes ya pre-programados para la distinta combinación de variables. Tampoco cree que «el equipo» por eficaz que sea, pueda sustituir a «una» persona: la responsable, la conocida que se reclama, la que sabe del enfermo y lo aprecia.

De los actos tradicionales de la relación médico-enfermo: el empírico, el mágico-emocional, y el técnico-científico, la persona del médico es capaz de dar los tres. La nueva metodología, solamente parte de uno.

El libro de Laín llega en un momento crítico de la profesión médica, cuestionándose si es o no oportuno desde los conflictos, los cambios sociales de nuestro tiempo —tiempo de Laín—, que alcanzan por todas partes a la Medicina. Y al hombre, su personaje; que lucha y sufre por renovarse y para permanecer.

En el mundo aparecen otras variables, nuevos riesgos y más probabilidades de desequilibrio. Más entradas y salidas en los sistemas orgánicos con aumento del repertorio patológico: enfermedades hasta ahora ignoradas con respuestas biológicas desconocidas que harán cambiar los modelos substanciales de la enfermabilidad humana. Se van la clorosis, la viruela, los enanos jorobados y aparecen el SIDA, las malformaciones por radioactividad o escasez de ozono en la atmósfera, con lo que las puertas del miedo siguen abiertas. Algunas como el hambre y la violencia se mantienen enfrente de la conciencia y la desolación.

Pero el médico reacciona, en médico. Estudia, ensaya, habla y escribe. El médico quiere combatir las toxicomanías, los impulsos agresivos, el hambre y todas las hambres humanas. Se lanza a la bioquímica, a la genética, a los problemas de la higiene, de la nutrición, de la reeducación. Intenta salvar vidas, crear vida, prolongar la existencia en el nonato y en el senecto. Mejorar su calidad, aumentar las defensas humanas.

Laín responde en Laín y en médico, frente a las condiciones de su realidad vivenciada. No es iluso, ni lo fascina «el futuro mejor» de la humanidad y la medicina. Ha entregado una obra que sirve al siglo XX y al XXI, en la que trata de lo permanente, lo viejo y lo nuevo del ser humano. Ante lo seguro y lo incierto, el sol y las nubes, Laín, hoy médico de guardia, nos dice con entereza: pronóstico reservado.

Fernanda Monasterio

